

ÍNDICE

Prefacio	9
Capítulo 1. Vicente Quesada y la construcción de una carrera política en tiempos de la confederación argentina.....	17
Capítulo 2. En búsqueda de la prosperidad y la seguridad: la familia Quesada en el Buenos Aires de la década de 1850.....	47
Capítulo 3. En viaje.....	61
Capítulo 4. Constructores de instituciones culturales	79
Capítulo 5. Pensar a la Argentina en el mundo.....	99
Capítulo 6. Vida social y negocios en la década de 1880	123
Capítulo 7. Lecturas del pasado: Ernesto Quesada y la historia argentina	139
Capítulo 8. La sociedad, la política y la justicia: perspectivas de la Argentina en el cambio de siglo	161
Capítulo 9. Ernesto Quesada: académico e intelectual	185
Años de exilio	213
Agradecimientos.....	229
Bibliografía	231

Prefacio

Creo que nada hay comparable en la vida a los viajes, así como nada produce mayor satisfacción que el estudio.

Ernesto Quesada, “Los fenómenos sociológicos australianos y el criterio argentino”, en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 1913, p. X.

Vicente Gregorio Quesada nació el 5 de abril de 1830 en Buenos Aires. Ernesto, su hijo, falleció el 7 de febrero de 1934 en Spiez, Suiza. Durante ese período de poco más de un siglo la Argentina vivió transformaciones sustanciales. Buenos Aires era una pequeña urbe de poco más de sesenta mil habitantes en tiempos del nacimiento de Vicente. Cuando Ernesto falleció, a miles de kilómetros de distancia, ya superaba largamente los dos millones. En 1830 el país se encontraba en un período de guerra civil que lo conduciría muy lentamente a un proceso de organización constitucional y de estabilidad y expansión económica, pero en 1934 ya había comenzado a experimentar los primeros síntomas de la que sería una larga etapa de conflictos políticos, luego de pasar por una experiencia signada por la expansión de los derechos políticos gracias a la ley Saénz Peña que consagró el voto secreto, universal y obligatorio.

Este ensayo está centrado en la vida y las trayectorias de ambos Quesada. Tanto Vicente como Ernesto han suscitado la atención de historiadores y estudiosos de la vida política, intelectual e institucional de la Argentina aún antes de su muerte. Carlos Octavio Bunge, Alicia Vidaurreta y Antonio Pagés Larraya trazaron, hace ya tiempo, las líneas centrales de la biografía de Vicente. Paulo Cavaleri, más recientemente, indagó sobre su papel en la construcción de una ideología fuertemente nacionalista fundada en los antecedentes territoriales que podía exhibir el país. Juan Canter, por su parte, redactó una completa y extensa biobi-

bliografía de Ernesto, poco tiempo después de la muerte de éste. Diversos aspectos de su obra fueron analizados, entre otros, por Antonio J. Pérez Amuchástegui, Carlos Altamirano, Oscar Terán y Eduardo Zimmermann.¹

El enfoque que se propone en estas páginas es en cierta medida diferente al que asumieron los autores mencionados. La construcción del perfil, la personalidad y las orientaciones políticas e intelectuales de ambos Quesada fueron el resultado de una larga trayectoria. Esta estuvo surcada por experiencias familiares, culturales e incluso empresariales. Sus juicios sobre la vida pública de la Argentina, la sociedad, la diplomacia o el mundo académico provinieron de vicisitudes personales, de experiencias colectivas y también de profundas frustraciones. Aquí he tratado de reconstruir estos aspectos que van más allá de sus escritos y publicaciones más conocidas abarcando distintas facetas de su vida con el fin de comprender más acabadamente su lugar en el mundo cultural, político e intelectual del país.

De todas formas, cabe subrayar que este libro no contiene una biografía en el sentido tradicional. Los capítulos que lo componen exploran sólo fragmentos de las experiencias, los proyectos y las obras de los Quesada en el marco de la acelerada transformación de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En algún sentido constituye un intento por abordar una serie de problemas de la historia de la Argentina a través del camino que ofrece la compleja y hasta a veces errática trayectoria de ambos personajes. El relato no está entonces organizado a partir de un eje meramente cronológico ni de un único tema en particular. Se articula sobre la base de un conjunto de retazos constituidos por proyectos, escritos, vivencias, vicisitudes y sueños de los integrantes de una familia porteña en el período de construcción del Estado argentino. La biografía constituye un género que, a pesar de los cambios experimentados por las ciencias sociales y la historiografía durante el siglo XX, mantiene todavía una notable vitalidad. El recorrido por las experiencias de los Quesada que propone este trabajo no conserva el carácter lineal que signa a las obras clásicas del género. Aspira a recuperar el tono singular de algunas de las vivencias de estos personajes y, al mismo tiempo, recobrar el diálogo de éstas con las tendencias colectivas más profundas que signaron aquellos tiempos. No concebimos a la biografía entonces como el producto de un destino ya prede-

terminado. Tampoco la hemos pensado como resultado de una descripción completa y exhaustiva. La historia familiar que se presenta aquí está surcada no por sólo decisiones y actos cuidadosamente planificados por sus personajes sino también por el azar, por profundas contradicciones y por determinaciones tomadas ante el éxito pero también ante el fracaso.

Sería tal vez demasiado aventurado señalar que los Quesada fueron figuras centrales de la vida política o intelectual de la Argentina de su tiempo. Vicente fue un político y diplomático, probablemente de segundo orden. Fue diputado nacional por la provincia de Corrientes en el Congreso de la Confederación Argentina, director de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires y Ministro de Gobierno de la misma Provincia. En la década de 1880 comenzó una larga carrera que lo llevó a desempeñar cargos diplomáticos en destinos relevantes para el país. Ernesto, en cambio, sólo transitó muy episódicamente el camino de la política. Ejerció la profesión de abogado por un breve período y fue, durante algunos años, administrador del cuantioso patrimonio familiar heredado por su esposa. Desde finales del siglo XIX se desempeñó como un alto funcionario judicial. Sin embargo, es más conocido hoy por su obra como académico, profesor universitario o historiador. Padre e hijo compartieron ideas, visiones y lecturas de la sociedad y la política argentina. También llevaron a cabo juntos distintos emprendimientos culturales. En parte, esta estrecha comunidad se explica por el hecho de que Ernesto, luego de la separación de sus progenitores ocurrida cuando tenía sólo seis años, se educó con su padre estableciéndose entre ellos un vínculo muy particular que excluyó, además, deliberadamente, a la madre de Ernesto. Durante los últimos años de su vida, éste vivió obsesionado por cumplir con la última voluntad de su padre consistente en publicar sus obras –cuya parte principal permanecía inédita– y conformar un instituto en el ámbito universitario sobre la base del inmenso patrimonio bibliográfico acumulado por ambos a lo largo de más de ochenta años.

La historia de este libro es relativamente larga, aunque su elaboración data de los últimos años. Conocí el archivo y la biblioteca de los Quesada –donados por Ernesto al estado prusiano a finales de la década de 1920 y depositados hoy en el Instituto Iberoamericano de Berlín– en el año 1994. En ese entonces intentaba, como becario en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de esa ciudad, llevar a cabo

un estudio sobre la influencia alemana en la organización institucional de los estudios históricos en la Argentina. En ese intento de recuperar las primeras impresiones de Ernesto en Alemania, abordé la lectura de un grueso tomo de cartas que padre e hijo habían intercambiado durante una de sus tantas estadías en el viejo continente. Las cartas no me permitían avanzar en el análisis de los problemas que me preocupaban por entonces; describían, en cambio, las vivencias de un Ernesto Quesada adolescente y recluso en aquel año 1874, por decisión de su padre, en un *Gymnasium* de la ciudad de Dresden. Aunque me desviaba del tema central de mi investigación quedé atrapado por la historia de los personajes que protagonizaban esa correspondencia. Ernesto vivía ya por entonces sólo bajo la tutela de su padre. Vicente planificó cuidadosamente su formación procurando hacer de él alguien que sobresaliese en función de sus méritos intelectuales que, desde su perspectiva, debían primar por sobre la influencia política o la riqueza material. Esta decisión signaría el destino de Ernesto. De aquellas primeras impresiones y lecturas nació un proyecto que, por circunstancias de distinta naturaleza, sólo pude concluir varios años más tarde.

El libro se estructura en base a nueve capítulos. En el primero analizamos los intentos de Vicente Quesada por construir una carrera política en el agitado mundo rioplatense de la década de 1850. En el segundo estudiamos los esfuerzos de la familia Quesada por consolidar una posición independiente desde el punto de vista económico y social en el estado de Buenos Aires de aquellos mismos años. El tercer capítulo está consagrado al análisis de las vicisitudes de un largo viaje llevado a cabo por Vicente y Ernesto a Europa entre 1873 y 1875. El cuarto está dedicado a sus intentos sistemáticos por crear instituciones y ámbitos públicos orientados a albergar las actividades de los hombres de letras. En el quinto se analiza el pensamiento de los Quesada en relación con el lugar que debía ocupar la Argentina en el escenario internacional. El sexto se centra en la compleja experiencia personal y profesional de Ernesto, ya protagonista exclusivo del libro, en la década de 1880. El séptimo estudia su obra historiográfica, el octavo sus ideas generales sobre los problemas sociales, políticos y culturales de la Argentina y el noveno está concentrado en su trayectoria académica. El último apartado está dedicado a los años posteriores a su partida de la Argentina y su traslado definitivo a Suiza.

Así, sobre la base del estudio de un conjunto heterogéneo de fragmentos, este libro propone entonces no sólo una lectura de los cambios experimentados por la Argentina en aquel período sino, fundamentalmente del lugar que ocuparon los hombres de letras y de pensamiento en las transformaciones de su compleja y agitada vida pública entre los siglos XIX y XX.²

NOTAS

¹ Carlos Octavio Bunge, “Vicente G. Quesada. Breve estudio biográfico y crítico”, en Vicente G. Quesada, *Historia colonial argentina*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915, p. 30; Alicia Vidaurreta, “Vicente Gregorio Quesada”, en *Investigaciones y Ensayos*, n.º 41, Buenos Aires, 1991, pp. 457-496; Antonio Pagés Larraya, “Bosquejo sobre Vicente G. Quesada”, en Víctor Gálvez (Vicente G. Quesada), *Memorias de un viejo*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990, pp. 11-93; Paulo Cavaleri, *La restauración del Virreinato*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2004; Juan Canter, “Biobibliografía de Ernesto Quesada”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, t. XX, Buenos Aires, 1936, pp. 343-722; A. J. Pérez Amuchástegui, “El historiador Ernesto Quesada”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 841-849; Oscar Terán, *Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, FCE, 2000; Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ciencia social en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 31-65; y Eduardo Zimmermann, “Ernesto Quesada, la época de Rosas y el reformismo institucional del cambio de siglo”, en Fernando Devoto, *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 2006, pp. 37-63. Un trabajo reciente que procura discutir algunas de las caracterizaciones de la obra de Ernesto Quesada por parte de los autores antes citados es el de Teodoro Blanco, *Ernesto Quesada. Sociología e Historia en torno al Centenario*, Buenos Aires, Biblos, Fundación Simón Rodríguez, 2009.

² Existe una extensa bibliografía en torno a los problemas vinculados con la reflexión, construcción y elaboración de biografías. Sólo a modo de ejemplo podemos mencionar aquí el texto clásico de Pierre Bourdieu, “L’illusion biographique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62-63, 1986, pp. 69-72; el de Sabina Loriga, “A biografía como problema”, en Jacques Revel, *Jogos de Escalas. A experiência da Microanálise*, Río de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas Editora, 1998, pp. 225-249; y Jacques Revel, “La biografía como problema historiográfico”, en

Jacques Revel, *Un momento historiográfico*, Buenos Aires, Manantial, 2005, pp. 217-228. También pueden verse, en esta perspectiva, las reflexiones vertidas por Jacques Le Goff en la introducción de su *Saint Louis*, París, Gallimard, 1996, pp. 13-27.

Vicente Quesada y la construcción de una carrera política en tiempos de la confederación argentina

LOS PRIMEROS PASOS

El 25 de diciembre de 1861, tres meses después de la batalla de Pavón, Vicente Quesada llegó a las costas porteñas en un vapor paraguayo proveniente de Paraná. Una estricta vigilancia se ejerció por parte de las autoridades de la provincia de Buenos Aires sobre los pasajeros de la embarcación. Una decisión del entonces ministro provincial, Pastor Obligado, transmitida por la autoridad del puerto le permitió desembarcar en su ciudad natal. Sin embargo, ese mismo derecho le fue negado a su compañero de viaje, el general Tomás Guido –antiguo diplomático y compañero de armas de San Martín en tiempos de las guerras de la independencia– también porteño, y a uno de sus hijos. Vicente reaccionó indignado ante el oficial encargado de hacer cumplir la orden y le señaló que él había cumplido con los mismos compromisos políticos que los Guido. Muchos años más tarde, en un fragmento de sus *Memorias*, Quesada reconocería agradecido la “excepción” que Obligado había tomado con su persona.¹ Pero es posible que dicha decisión estuviera motivada también por el papel relevante desempeñado por su célebre compañero de viaje en las filas del Gobierno Confederal –había ejercido una función central en el Senado–, sin duda de mayor repercusión pública que el de Vicente. De todos modos, este último ya comenzaba a ser un personaje conocido en los todavía sumamente estrechos ámbitos políticos rioplatenses. Es probable, incluso, que la determinación del gobierno porteño fuese una forma de manifestar cierto reconocimiento por las actitudes públicas de Quesada durante aquellos años. Estas últimas habían estado motivadas fuertemente por su intención de no involucrarse con las medidas más hostiles tomadas por

el gobierno de Paraná contra su provincia de origen que, durante la mayor parte de aquella década, había permanecido como un estado independiente.² Más allá de estas circunstancias, con este viaje, el personaje que nos ocupa cerraba un ciclo fundamental de su vida política en el que había desempeñado un papel de singular importancia en distintos ámbitos institucionales de la llamada “Confederación Argentina”. Durante ese mismo mes de diciembre esta última había entrado en la fase final de su proceso de disolución, iniciado justamente como consecuencia de Pavón. Un sector de la élite dirigente porteña había asumido de hecho, en aquellos días, el control del país.

La trayectoria de Vicente Quesada muestra, en gran medida, los límites y posibilidades que se ofrecían, aún en la década de 1850, para todo aquel que deseara iniciar una carrera política en el espacio rioplatense y que contase, para ello, con cierto bagaje de conocimientos y habilidades intelectuales. Vicente provenía de una familia porteña de escasos recursos pero perteneciente a aquellos núcleos de la “gente decente” que caracterizaban a las estructuras sociales de la Hispanoamérica de mediados del siglo XIX que, por otra parte, no diferían aún sustancialmente de las de los tiempos coloniales. Su padre era contador y se dedicaba a la confección y liquidación de “testamentarias”. Su situación económica era sumamente precaria como sus ingresos, hecho que le haría sufrir distintos tipos de contratiempos durante toda la década de 1850. Pero, pese a estas circunstancias, Cipriano Quesada había logrado que sus hijos, en particular Vicente, se insertasen exitosamente en las redes que integraban las figuras más “notables” de la ciudad.³ Siendo todavía un adolescente, Vicente pasaba largas temporadas en las residencias situadas en los establecimientos rurales de sus amigos. Estas eran temporadas para el esparcimiento o para fortalecer su delicado estado de salud. Esos momentos le permitían, además, frecuentar a familias “distinguidas”, incluso, a la de los Obligado. Todavía en aquellos últimos años de la primera mitad del siglo XIX, y a diferencia de lo que ocurriría a partir de febrero de 1852, la sociabilidad de los notables tenía lugar en ámbitos privados y, sobre todo, en los espacios configurados por los hogares particulares. Vicente logró participar activamente en círculos en los que se articulaban lazos informales y se conformaban redes que jugarían un papel relevante en la futura carrera pública de muchos de quienes participaban en ellas. Entre las relaciones

y allegados más cercanos a la familia Quesada se encontraban algunas de las figuras más prestigiosas de la todavía modesta sociedad porteña y varios de sus políticos y juristas más destacados, como Benjamín Gorostiaga, quien fue padrino de grado de Vicente en la Universidad y a quien éste habitualmente frecuentaba en su estudio, o Vicente López de quien Cipriano Quesada era compadre y que, hasta su muerte, fue un apreciado amigo de la familia.

Es probable que esa red de vínculos sociales se ampliase justamente cuando Vicente realizó sus estudios universitarios en las postrimerías de la época de Juan Manuel de Rosas. Como muchas familias del mundo hispanoamericano de las primeras décadas del siglo XIX, “distinguidas” pero sin patrimonio, los Quesada llevaron a cabo un esfuerzo notable para que, al menos uno de sus hijos, completara el ciclo de formación superior. Por otro lado, en aquellos años la Universidad de Buenos Aires encontraba fuertemente limitadas sus funciones. Un decreto firmado por el gobernador de la provincia en 1838 había suprimido su partida del presupuesto provincial y la haría funcionar en condiciones sumamente modestas. Recordaría Vicente incluso que el departamento de Jurisprudencia conservaba sólo tres catedráticos: el Dr. Rafael Casajemas, el canónigo José León Banegas y el Dr. José María Vayo a cargo de las cátedras de Derecho Civil y de Gentes, de Filosofía y Derecho Canónico y de Latinidad, respectivamente. Pero las condiciones precarias en las que se desenvolvía la enseñanza no impidieron que algunos jóvenes porteños e incluso otros oriundos de distintas provincias pudiesen avanzar en sus estudios y que, en definitiva, éstos les brindasen una serie de instrumentos de indudable utilidad para sus carreras políticas en la etapa posrosista. En los recuerdos que publicó en la década de 1880 bajo el seudónimo de Víctor Gálvez y el título de *Memorias de un viejo*, Quesada rescató el papel jugado por las casas de estudios de Buenos Aires y Córdoba. Un pequeño número de catedráticos había logrado, señalaba, conservar la actividad académica en las dos universidades. Vicente subrayaba la deuda que con estos profesores –olvidados entonces porque “ni manejaron la prensa para cantar alabanzas, ni emplearon sus manos para llevar como pendón la trompeta de la fama”– conservaban muchos de los más encumbrados personajes de la vida institucional y política de la nación y las provincias de la próspera Argentina de las últimas décadas del siglo XIX.⁴

Aquellos años parecen haber sido decisivos para la trayectoria posterior de Vicente. Construyó entonces una serie de vínculos con estudiantes pertenecientes a círculos familiares influyentes no sólo de Buenos Aires sino también de algunas ciudades del interior. En agosto de 1850 recibió su diploma de Doctor lo que, a la vez, lo habilitaba para iniciar en la Academia Teórico-Práctico de Jurisprudencia las prácticas que posibilitaban el acceso al título de abogado. Sus padrinos fueron el ya mencionado Benjamín Gorostiaga y Baldomero García. Con ellos, como con Vicente López, fallecido en octubre de 1856, Quesada articuló estrechos lazos a lo largo de aquellos años. Ellos actuaron como sus protectores y consejeros durante esa conflictiva década.

Los conocimientos y habilidades que se adquirían en la Universidad eran entonces, como en tiempos coloniales, un patrimonio apreciado por quienes debían asumir obligaciones políticas y requerían de esos saberes para gestionar la administración, el gobierno y los asuntos públicos en términos generales. Como ya señalamos, es probable que más importante aún que “la pobrísima enseñanza” fuese la red de relaciones que podían adquirirse durante los estudios y que Vicente iba a aprovechar muy hábilmente en los primeros tramos de su vida pública. Así, continuó sus estudios en la Academia de Jurisprudencia. Participó en algunas de las sociedades estudiantiles clandestinas de aquellos años y frecuentó entre otros a Marcelino Ugarte, a Pedro Beláustegui y a Benjamín Victorica. Por último, seguramente, su experiencia en la Universidad y sus años como estudiante le permitieron consolidar un conjunto de ideas y principios que iban a signar su conducta e incluso su visión de la sociedad y la política en los años subsiguientes y que lo diferenciarían de otros miembros de su grupo social e incluso de los integrantes de su familia, en particular de sus hermanos, quienes no frecuentaron los claustros. La valorización del estudio, de la relevancia de la educación superior y de la formación intelectual y, sobre todo, la noción de que la acción política tenía que estar, necesariamente, sostenida en el análisis reflexivo y fundamentado de la realidad social eran postulados y creencias que iban a acompañarlo a lo largo de toda su vida.

ENTRE LAS FUERZAS URQUICISTAS

Luego de Caseros, Quesada fue convocado por Vicente López y Benjamín Gorostiaga para incorporarse a la administración de la ciudad de Buenos Aires tutelada por Urquiza. Asumió con notable entusiasmo sus nuevas funciones. Por entonces, sus padres y hermanos exhibían, con orgullo, las credenciales políticas de Vicente. Obtuvo un cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, aparentemente por la iniciativa de José Roque Pérez, hermano de un amigo suyo y luego se desempeñó como secretario del gobernador de Buenos Aires, el mismo Vicente López.⁵ En ese carácter colaboró con las nuevas autoridades en las gestiones que culminaron en el Acuerdo de San Nicolás. Durante aquellos días este joven, que por entonces sólo tenía veintidós años, llegó a frecuentar a varios gobernadores y ministros de distintas provincias con los que, por la naturaleza de sus funciones, debía tratar. Estos apreciaron particularmente sus cualidades intelectuales. A la vez, esta cerrada colaboración con los núcleos urquicistas le valió una designación como oficial de la Legación diplomática ante el gobierno de Bolivia a mediados del año 1852. Gracias a su nueva designación el joven Quesada cumplía un antiguo anhelo: “deseaba viajar, soñaba con el conocimiento de otras sociedades y me seducía la idea de salir de la ciudad de Buenos Aires”.⁶ Hasta entonces, la falta de recursos le había impedido cumplir con ese sueño.⁷ Esta decisión, aunque lo obligaba a alejarse de su familia, le permitiría, creía, comenzar a conquistar otro objetivo importante: el de consolidar una posición “social, personal e independiente”.⁸ Pero la revolución de septiembre de 1852 en Buenos Aires, contra las autoridades impuestas en el gobierno de la provincia por Urquiza, de la que tomó conocimiento en pleno viaje, alteró significativamente sus planes. La noticia lo sorprendió en Córdoba. Cuando llegó a Tucumán se enteró de que se habían suspendido los pagos de todas las legaciones en el exterior y que no podría continuar con su misión.

Pese a su abrupto final, la experiencia de ese viaje que duró aproximadamente un mes fue decisiva. Conoció una parte significativa del país y esto le permitió observar las diferencias entre los distintos entornos provinciales. A partir del recorrido y estancia en diversas regiones elaboró un diagnóstico de los problemas rioplatenses y esto lo llevó, simultáneamente, a construir una mirada sobre las alternativas y soluciones

para dichos problemas, fundadas en la lectura de “el libro de las realidades”.⁹ El viaje permitía acceder a una forma de conocimiento que no podía ser sustituida por el generado a través del estudio formal ni de las lecturas en fuentes secundarias. En más de una oportunidad iba a señalar que esta experiencia le había permitido reconocer las potencialidades que encerraba cada localidad para su desarrollo futuro y descifrar la naturaleza de las dificultades que trababan su porvenir. La construcción de caminos planificados para unir a las provincias del noroeste con Corrientes era percibida así como una solución destinada a abrir nuevos mercados para la producción de ambas regiones. El incentivo a explotaciones como las curtiembres en Tucumán o la cochinilla en Santiago del Estero podía contribuir a cimentar la prosperidad de las dos localidades. Pero también Vicente extraía una serie de conclusiones que ligaban el bienestar de las diferentes provincias con las peculiaridades de sus organizaciones sociales. Las agudas diferencias que podían percibirse en dos estados vecinos como Tucumán o Santiago del Estero se debían a distintos sistemas de organización de la propiedad de la tierra y a la diferente gravitación de la agricultura y la ganadería en cada caso. En este balance, su preferencia por la organización social igualitaria de la próspera Tucumán era muy clara. En las *Memorias de un viejo* atribuía a la subdivisión de la propiedad y a la naturaleza agrícola-ganadera de esa provincia su riqueza y prosperidad. El bienestar de la población se observaba en las campañas, en el traje de los campesinos, en la población urbana y en la clase trabajadora.¹⁰ Finalmente iba a ligar, retrospectivamente, su adhesión a la Confederación y a un cerrado federalismo doctrinario con este largo viaje. En consecuencia, en sus *Memorias* estos meses aparecen como fundantes de su concepción nacionalista y federalista de la política argentina. Una fuerte noción en torno a una idea de patria que trascendía los límites de su propia provincia surgió, señalaría al final de su vida, como resultado de aquella experiencia:

Confieso con franqueza que ese viaje ejerció en mi criterio un espíritu de solidaridad argentino, poderoso y firme: la idea de la patria había salvado los horizontes de la provincia de mi nacimiento, y, ahora, en la misma vejez, la patria grande ha hecho desaparecer por absorción la patria provincial; la unidad nacional es más que un sentimiento, es la fuerza que alienta soñando

en la grandeza nacional. Si había amado ardientemente la ciudad en que nació, no germinó en mí ser el porteñismo hosco y petulante, sino el sentimiento argentino, la patria argentina: la influencia de ese viaje me hizo nacionalista.¹¹

EN BÚSQUEDA DE UN RUMBO EN LA POLÍTICA

Cuando llegó la noticia de la revolución contra las autoridades urquicistas de la provincia, Vicente comprendió que su situación en Buenos Aires se hallaba severamente comprometida. El grado de involucramiento que había asumido con los círculos relacionados con el líder entrerriano era muy alto y, en esas condiciones, resultaba sumamente complicado su regreso a la ciudad en la que residía su familia. Vicente permaneció durante un tiempo en Tucumán y luego se dirigió hacia San Nicolás. Llegó allí cuando Buenos Aires estaba sitiada por las fuerzas de Urquiza. Tomó entonces la decisión de radicarse en forma temporaria en Montevideo. Finalmente, los sucesos de aquellos días consumaron la separación de Buenos Aires de la Confederación Argentina. Vicente se mantuvo expectante y manifestó en varias oportunidades a familiares y amigos su deseo de regresar. Pero durante los años en los que la provincia de Buenos Aires permaneció como estado independiente, su padre y sus hermanos insistieron en señalar que no era conveniente su regreso.¹² Para sus familiares más directos, en la provincia se vivía en un grado de exaltación política extrema y en un clima de intolerancia desmedida. Esto los sumía en un profundo desconcierto. En algunos aspectos la situación reproducía, para ellos, las condiciones vigentes antes de Caseros. Cipriano, su padre, se lo señalaba con contundencia en una de sus cartas: “Críticábamos a Rosas porque su sistema era “el que no está conmigo es mi enemigo” y hoy se cae en el mismo camino”. Frente a los consejos de su familia, Vicente optó por emplearse en la capital del estado oriental como redactor del diario *La Prensa Uruguaya*, iniciando así su experiencia en el periodismo. Semanas más tarde, Diógenes Urquiza, encargado de negocios de la Confederación en el Uruguay le ofreció servir como canciller del consulado.

Vicente aceptó a regañadientes la sugerencia de no retornar a la ciudad en la que había nacido. Sus familiares estaban particularmente in-

quietos por el alto grado de violencia política y creían que podía ser afectado por su proximidad con los elencos urquicistas. Su padre tenía una visión muy negativa de la vieja política criolla en términos generales, y, en ese sentido, iba a manifestar una opinión que los miembros de la familia mantendrían por varias décadas. El rechazo de la política criolla residía en su falta de moderación y en el apasionamiento. Los Quesada miraron los sucesos de septiembre de 1852 y la posterior secesión de Buenos Aires con cierta distancia y sin comprometerse con ninguno de los bandos. Para ellos el defecto principal de la política en Buenos Aires era la ausencia de racionalidad y, sobre todo, la falta de proyectos institucionales, ideas que compartían con Vicente. Este último, como lo iba a señalar más tarde desde el periódico oficial de la provincia de Corrientes, creía que el fortalecimiento de las instituciones era el único antídoto contra el caudillismo y el principal reaseguro de los pueblos libres contra los intereses de los círculos y facciones y el avance del despotismo.¹³ El pecado capital de los políticos porteños, desde esta perspectiva, era su naturaleza intolerante que se trasladaba después a otros ámbitos como el de la prensa. Pero los Quesada confiaban, de todos modos, en que la época de la política dominada por las armas y la violencia pasaría y dejaría lugar, en un futuro próximo, al ejercicio de los hombres “honestos e instruidos”.

Más allá de estos juicios, lo que ya entonces parecía evidente para la familia Quesada era que la política en Buenos Aires había comenzado a cambiar sustancialmente después de Caseros y sobre todo después de la revolución de septiembre de 1852. La vida pública se transformó sobre la base del surgimiento de un gran número de nuevas asociaciones, muchas de ellas de carácter político, que asumieron un papel decisivo en el rumbo de la provincia. De esta forma, como ha señalado Hilda Sabato, las modalidades asociativas, surgidas durante la etapa revolucionaria y adormecidas luego, durante el período de Rosas, cobraron un nuevo vigor impulsadas desde la misma sociedad civil.¹⁴ Hacer política en Buenos Aires, en este nuevo escenario, exigía ahora otras habilidades como las de argumentar en público, administrar o sostener un periódico o liderar movilizaciones callejeras. Estos cambios constreñían considerablemente las posibilidades de construcción de una carrera exitosa para hombres como Vicente. El tono excesivamente popular que asumía la política entonces limitaba fuertemente las carreras de perso-

najes como él que entendían al ejercicio de la vida institucional como una responsabilidad reservada a los hombres caracterizados por sus conocimientos y su formación. Los cambios en la naturaleza de la vida política porteña provocaban incluso que aquella red de vínculos anudada en la primera juventud en ámbitos como el universitario ya no fuera decisiva ni bastase para la construcción de una trayectoria exitosa. Quesada asistía entonces perplejo a la “popularización” de la política porteña. Provenía, además, de un sector social que, por su formación, estaba acostumbrado a gozar de un lugar central en la vida pública y que se veía desplazado repentinamente por el tono cuasi plebeyo que había adquirido aquella.

Aunque sus padres y hermanos le comunicaban permanentemente un auténtico desprecio por la actividad política y le sugerían que se apartase de ésta, a Vicente le iba a resultar sumamente difícil sustraerse a su ejercicio durante toda aquella década. El servicio al Estado, la política o el periodismo eran actividades a las que era muy difícil renunciar en épocas de incertidumbre, inestabilidad económica y escasas oportunidades para progresar. Por otro lado, los cambios acaecidos en el mundo rioplatense después de Caseros abrían, todavía en las provincias del Litoral y el interior, y a diferencia de lo que sucedía en Buenos Aires, un amplio campo para aquellos provistos de cierta formación universitaria. Los estados provinciales debían reformar su organización institucional: redactar constituciones, leyes, crear periódicos, legitimar ante la opinión pública sus decisiones. Todo esto exigía competencias y habilidades especiales que sólo reunía un sector extremadamente reducido de la población. En ese contexto, durante sus primeros meses en Montevideo, a menudo Vicente le manifestaba a su padre que sólo encontraba en su horizonte dos opciones: el trabajo en un estudio jurídico o la actividad periodística. Aunque éste último le recomendaba fervientemente adoptar la primera opción, Vicente, como ya señalamos, se decidió finalmente por la segunda. Pero el periodismo era entonces una extensión de la actividad política. Como se ha señalado en diversos estudios, la prensa de los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX estaba más cerca del panfleto que del diario moderno. Los periódicos eran medios de propaganda. Quienes escribían en ellos eran protagonistas activos del mundo de la política, y las facciones eran, en definitiva, las que los financiaban, fijaban su posición editorial y designaban

a los redactores. Esto provocaba que los caminos de la política y el periodismo fuesen en realidad vías superpuestas y directamente relacionadas. La prensa conformaba así una expresión más de la política facciosa y las dos eran afectadas por el mismo tipo de críticas.¹⁵

De todos modos, tampoco iba a permanecer mucho tiempo en Montevideo. En enero de 1854, nuevamente contra el consejo de su familia, Vicente regresó a Paraná, la capital de la Confederación. Allí se desempeñaría durante un breve período como funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Su padre reaccionó contra esta determinación manifestando nuevamente su decepción. El regreso a Paraná se traducía entonces en un renovado compromiso con la política. Cipriano creía que Vicente tenía una prometedora carrera en el Foro y le resultaba difícil entender su decisión de optar, finalmente, por una actividad tan desprestigiada, sin haber sido explícito al respecto. El diploma de abogado, para el padre de Vicente, parecía constituir la llave que mágicamente lo iba a situar al margen de las contingencias negativas que podían presentarse en el futuro y eso lo llevó a insistir, con vehemencia, en la necesidad de que obtuviese su título. De ahí que la decisión de continuar apegado a la política fuese recibida como una muy mala noticia por los Quesada.

EN CORRIENTES

El variado arco de vínculos que había construido durante los pocos meses de 1852 en los que había iniciado su carrera pública le otorgaba a Vicente un conjunto de opciones marcado por cierto grado de diversidad. A esta red de vínculos podía agregarse el ya comentado conocimiento de la situación existente en una parte del territorio de las provincias. En aquellas circunstancias, gracias a las cartas de presentación brindadas por sus ex compañeros de estudio, conoció a varios personajes relevantes de la vida social y política del interior y el litoral del país, entre ellos a Manuel Taboada, gobernador de Santiago del Estero. Este le ofreció, en más de una oportunidad, dirigirse a su provincia y asumir un cargo de Ministro. Pero, finalmente, Vicente se inclinó por aceptar la invitación del entonces gobernador de Corrientes, Juan Pujol. Los motivos por los cuales decidió desechar la propuesta de Taboada y

aceptar finalmente la que llegaba de Corrientes no son del todo claros. En principio, parecen haber incidido sus hermanos. El consejo del mayor de ellos, Bernabé, ante su consulta fue tajante transmitiéndole una perspectiva negativa de su futuro en Santiago del Estero: “Considero la proposición buena pero el terreno pobre –seré más explícito, el teatro ese me parece oscuro, aislado y con un porvenir tardío por más empuje que se le dé”.¹⁶

Fueron el Ministro del Interior de la Confederación, en ese entonces Santiago Derqui, el de Relaciones Exteriores, Juan María Gutiérrez y el Barón Alfredo Du Graty los que también le aconsejaron dirigirse a la provincia mesopotámica. Estos giraron la recomendación a Pujol, quien llevó a cabo un ofrecimiento para colaborar en la atención de su despacho y en la redacción del periódico oficial. En noviembre de 1854, una vez aceptada la propuesta, le aseguraba al gobernador: “Mis servicios serán constantes, mis esfuerzos continuos y mis deseos ardientes por el adelanto de la Provincia de Corrientes”.¹⁷ Las propuestas de Corrientes y Santiago del Estero revelaban entonces los problemas de las máximas autoridades provinciales para reclutar al personal político necesario para afrontar los múltiples desafíos que implicaba la administración de sus estados. El gobernador necesitaba alguien a quien confiar la redacción del periódico o la de los mensajes protocolares a la Legislatura. Justamente con ese propósito Derqui recomendó fervientemente a Pujol que recurriese a la figura de Quesada: “Este desempeña actualmente la plaza de Oficial Mayor del despacho del Interior, y veo que me hará falta grandísima, sin embargo, se lo despacharé pronto, porque conozco la falta absoluta de un hombre que lo ayude y en quien usted pueda fiar la redacción de una nota”.¹⁸ La noticia de la llegada de Vicente fue celebrada en Corrientes y recibida con gran expectativa por los notables locales.¹⁹

Pero podemos también establecer otras conjeturas para explicar las razones que impulsaron a Vicente a continuar su carrera política en la provincia de Corrientes. Esta última era, por aquel entonces, uno de los bastiones de la Confederación Argentina que presidía Urquiza. Había sido durante la primera mitad del siglo XIX uno de sus estados rioplatenses con mayor población e incluso se había caracterizado por presentar algunos de los índices de crecimiento demográfico más elevados. A mediados de la década de 1850, Corrientes contaba con 82.000 habi-

tantes, superaba levemente a Entre Ríos pero sumaba más del doble que Santa Fe.²⁰ Corrientes se había caracterizado, al menos hasta la década de 1840, también por una serie de particularidades desde el punto de vista político. La provincia había gozado de un grado notable de estabilidad, expresada, entre otros factores, en el hecho de que sus gobiernos se habían sucedido respetando estrictamente reglas institucionales. A diferencia de otras localidades rioplatenses, no había sido gobernada hasta aquellos años por típicos caudillos milicianos del estilo de Francisco Ramírez o Estanislao López. Una fiscalidad regular y relativamente eficiente había caracterizado también el funcionamiento de su estado. Por otro lado, la economía correntina mostraba, al menos en su región cercana a la capital, un mayor grado de diversificación del que podía advertirse en sus vecinas, Entre Ríos y Santa Fe signadas por una fisonomía productiva predominantemente ganadera.²¹

Las ventajas de Corrientes consistían, además, en que era más probable que iniciando una trayectoria allí pudiese convertirse rápidamente en un protagonista relevante de la política nacional. Los miembros de su familia, le señalaban entonces, con un moderado optimismo y resignados a aceptar su carrera política que, desde la provincia mesopotámica, podría asegurarse un “teatro nacional” y no estar constreñido a los límites de las controversias locales. Pero además era un lugar para construir buenas y valiosas “relaciones”. Las carreras políticas se articulaban por entonces en un contexto signado por la debilidad de las instituciones públicas y por el peso decisivo de los vínculos personales. Provincias como Corrientes brindaban un espacio para la construcción de una trayectoria exitosa para hombres como Quesada y, por lo general, para letrados capaces de escribir discursos, de argumentar en público o asumir la redacción de un periódico. Ofrecían un espacio que no existía en Buenos Aires donde, como ya señalamos, el escenario público estaba ocupado por facciones que contaban con una amplia base popular. Corrientes, en cambio, como la mayor parte del resto del país, no había experimentado la explosión de prácticas asociativas que signaron al medio porteño a partir de 1852 y, en cierto sentido, el estilo de su vida institucional seguía conservando los rasgos característicos de la primera mitad del siglo XIX.²² De esta forma, los antiguos letrados porteños que, como Quesada perdían su papel central en los procesos de dominación política, recuperaban ese mismo rol, cuando se alejaban de

Buenos Aires. Por otro lado, y este no era un dato menor para un joven de escasos recursos, era posible que la estadía en Corrientes le dejase un “sobrante” en dinero, como se lo señalaba, con insistencia, su propio padre.

Finalmente es probable que incidiese también cierta empatía con el gobernador de Corrientes. Juan Pujol había pasado, con él, por los claustros universitarios. Contaba además, con una dilatada experiencia y había desempeñado papeles relevantes en la vida institucional de su provincia desde la década de 1840. Compartía en definitiva con Vicente la idea de que era posible llevar a cabo, siguiendo un proyecto claramente delineado desde el poder provincial, una transformación sustancial de las variables básicas que signaban la estructura productiva, social y política de la provincia.

PROYECTOS PARA UNA PROVINCIA EN EXPANSIÓN

Pero la provincia con la que se encontró Quesada ya no conservaba aquellos trazos peculiares que la habían caracterizado en las décadas de 1820 y 1830. Desde finales de aquel último decenio, Corrientes se involucró activamente en las luchas contra el gobierno de Buenos Aires, liderado por Juan Manuel de Rosas. La provincia experimentó un proceso acelerado de militarización que reforzó el poder de los comandantes departamentales, las máximas autoridades locales, en todo el territorio provincial. Este proceso afectó particularmente a los departamentos del sur, sobre todo a los de Mercedes y Curuzú Cuatiá que se convirtieron en focos de poder independiente. Allí, el Estado provincial había decidido, luego de 1830, concentrar sus tropas para enfrentarse con los ejércitos entrerrianos. La configuración territorial correntina, caracterizada por la fragmentación debida a los numerosos cursos fluviales que la atraviesan, hizo particularmente difícil el ejercicio del poder del gobierno provincial en dicha región desde aquellos tiempos. Por otra parte, esa misma zona del sur experimentó durante los años 1830 y 1840 un acelerado crecimiento económico basado en forma casi exclusiva en la explotación de la riqueza ganadera. Una coalición integrada por nuevos actores, comandantes departamentales y caudillos con una marcada base rural, iba a desafiar durante toda la década de 1850, el poder de